



NUM. 147

BARCELONA, 1 MARZO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



Doña Crescenciana Lopez Lázuli, señora verdaderamente estrambótica, leyó há poco tiempo en cierto periódico *degranzir culación* (como ella lo escribiría) un artículo sobre las costumbres relativas al fallecimiento y á los funerales de los chinos.

Desde entonces no hace más que decir á todo el mundo:

—¡Ah! Lo que es cuando estire la pata mi adorado esposo, lo que Dics no quiera (retrasar,—añadía,—por lo bajo) no he de cefirme á las rutinas fúnebres observadas por acá. Me sentiré china y haré que se tributen á mi Prisciliano los honores que por clasificación le correspondan en el ritual chino. ¡Ya lo creo! ¡Sería el primer capricho que se me resistiera!

Decía el periódico aludido por D.^a Crescenciana que cuando un chino espira, los parientes y amigos que le contemplan evitan el estar frente al moribundo para no recibir directamente su hálito maléfico, puesto que creen que en aquellos instantes anda un espíritu maligno por los alrededores del alma del paciente pugnando por arrancársela, y una vez dueño de ella, buscar nueva presa entre los concurrentes á tan doloroso acto. Para espantar de allí al mal genio, ó al genio del mal, parece ser que los asistentes (que nunca faltan, aunque no se trate de moritundos militares) lanzan aullidos, golpean furiosamente, con recién nacidos á quienes agarran por los pies, las sonoras superficies de tantanes y tambores, y promueven, en fin, todo género de ruidos estruendosos para que el diablo que se lleva el alma huya de allí como alma que lleva el diablo.

Doña Crescenciana, en vista de esto, se propone prohibir á los espectadores del último suspiro de su esposo que le miren de frente, porque, aparte de que tiene por seguro lo del *hálito maléfico*, supone que se pondrá el pobrecito demasiado feo. Respecto á los ruidos ya tiene en proyecto la futura viuda una soberbia encerrada capaz de poner en precipitada fuga á todos los demonios intrusos y á no pocos curiosos.

Añade el periódico que después de esto, el pariente más próximo sale á la puerta de la casa mortuoria y allí quema incienso en una ratonera metálica, se postra en el santo suelo y se torna la molestia de conjurar á los jueces infernales de primera instancia para que tengan su mijita de benevolencia con el difunto.

Doña Crescenciana no piensa quemar más que la sangre de los albaceas y suprimir la petición de benevolencia por sí acaso pudiera obtener resultado.

Inmediatamente comienzan los funerales en el celeste imperio. Si el fallecido es un ciudadano simple (en cuyo caso se halla el presunto cadáver de D. Prisciliano) sólo se queman monedas y lingotes de cartón; pero si es un personaje de campanillas, se quema una colección de medios locomóviles de guardarropía, entre ellos un caballo de talco y el hijo de una palanca, ó sea un palanquín.

Pues bien, D.^a Crescenciana se propone quemar un automóvil hecho con papel de vasares y una



tartana que ha comprado al efecto para que no falte entre las ceremonias este símbolo chino del viaje eterno.

Si el difunto chino no ha designado sitio para su entierro, la familia manda un aviso á los sacerdotes del Sr. Confucio, cuyo jefe murmura canturreando una rapsodia de encantamiento, mientras sus ayudantes golpean los «bambús de la oración». Luego escribe sobre varios papeletes el nombre y las señas del finado, y recorren todos la casa quemando los papeles y deduciendo de su combustión (¿serán listos?) el lugar en donde ha de abrirse la sepultura misteriosa.

Doña Crescenciana, previa consulta á su esposo antes de que éste muera, y para el caso de no lograr respuesta categórica, piensa llamar á un primo suyo que va para Confucio y es algo baritono, á fin de que cante lo que sea necesario, mientras ella, sin ayudantes, golpea, no bambús, sino dos sobrinas á las que no puede ver. Después quemará la cédula personal del difunto, y según á lo que huela podrán los amigos deducir que es lo que la pobre viuda ha hecho del cuerpo. Del cuerpo de su finado esposo.

En China, los deudos del muerto acuden diariamente á llorar sobre el cadáver y á charlar con la familia, conduciendo consigo regalos para ésta: pollos, quesos, jamones, pasteles y metales preciosos.

Doña Crescenciana, queriendo establecer en esto alguna variante, piensa invitar á los amigos á que diariamente acudan á charlar con el muerto y á llorar sobre ella, admitiéndoles toda clase de comestibles y aun algunas cantidades en metálico.

El primer acto del que en China llega á cumplimentar á un difunto, es prosternarse ante el féretro y saludarle con hondas lamentaciones expresadas en verso libre, después de lo cual se dirige á saludar á los vivos y á tomar con ellos the negro que ponen á enfriar en las barbas del muerto.

Respecto á estas ceremonias, piensa D.^a Crescenciana encargar á su futuro difunto que cuando lo sea y le saluden tenga la galantería de contestar, y en cuanto al the, se guardará muy bien de ponerlo á enfriar sobre el cadáver por si éste se lo bebía.

En resumen: cuando ocurre una defunción en China, todo lo que debiera ser tristeza y recogimiento, se convierte en bulla, festines y juergas chinescas, y esto es precisamente lo que halaga á la caprichosa doña Crescenciana, que aguarda con verdadera impaciencia la ocasión de demostrar su horror á lo rutinario al par que su pasión por lo chino.

No hay más que un inconveniente, y es que D. Prisciliano no piensa morirse en muchísimo tiempo. Está, por el contrario, muy dispuesto á ver sucumbir á su apreciable señora y á no enterrarla en chino, sino á mandarla inmediatamente al hoyo grande más cercano sin decir una palabra ni al gato.



(Dibujos de J. Xaudaró)

JUAN PÉREZ ZUÑIGA



ALTANERÍA.

Ayuntamiento de Madrid

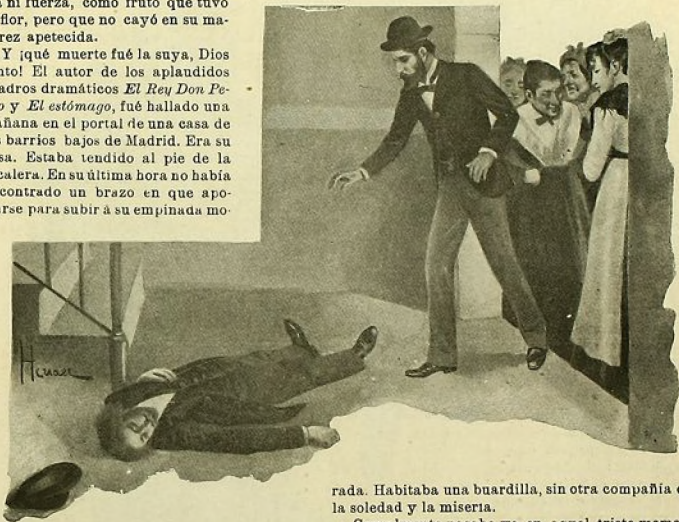
MELENA NEGRA

I

Algún día os contaré toda la historia del poeta Torcuato Mena. Le conocí muchísimo. Pudiera daros minuciosos detalles de su extraña carrera por el mundo. Pero, para ello, necesito un volumen. Contentaos por ahora con las rápidas y breves páginas de un cuento.

Voy á comenzar por el fin. Pláceme que sepais que mi héroe ya no existe. Sí; el pobre poeta dió, cuando menos se esperaba, su tributo á la muerte. Sin que su partida de bautismo contara años de viejo; sin que las obras de su ingenio, escritas, formaran un repertorio ó una escuela, su cuerpo, más débil que su alma, sucumbió, sin salvar ni fuerza, como fruto que tuvo su flor, pero que no cayó en su madurez apetecida.

Y ¡qué muerte fué la suya, Dios santo! El autor de los aplandidos cuadros dramáticos *El Rey Don Pedro* y *El estómago*, fué hallado una mañana en el portal de una casa de los barrios bajos de Madrid. Era su casa. Estaba tendido al pie de la escalera. En su última hora no había encontrado un brazo en que apoyarse para subir á su empinada mo-



rada. Habitaba una buardilla, sin otra compañía que la soledad y la miseria.

Casualmente pasaba yo en aquel triste momento por su calle, y vi arremolinado ante su puerta un enjambre de parlanchinas comadres. El tono de la murmuración y del desprecio predominaba en las conversaciones.

—¿Qué sucede?—pregunté, acercándome al grupo de mujeres sabandijas.

—¡Un tío, que se ha muerto de borrachera!—contestaron, riendo con estúpidas carcajadas.

Penetré en la casa. Miré al cadáver. El «tío» era mi amigo, el desdichado poeta Torcuato Mena.

II

No lo niego. Era un bohemio. Era el último de aquél triunvirato, formado por él, Tragón y Pelaez, sociedad anarquista de las letras, que aceptó como bandera el desdén á toda regla humana. Los tres pertenecían al mundo de las inteligencias desenfundadas, pero también al mundo de la pura, exclusiva, idolatrada poesía. Si pecaron de algo fué de ser demasiado poetas. Su gran error, expiado por el más espantoso martirio, fué haberse empeñado en convertir la vida en un poema ó en un cántico.

Como yo conocía ampliamente á aquel desgraciado, corté toda mofa, invité al respeto, busqué guardias que custodiaran al infeliz Torcuato, y avisé á la casa de socorro. Vino el médico, reconoció, declarando que estaba muerto, y bien muerto, de alcoholismo. Pude conseguir que no se avisara al juzgado de guardia para evitar dilaciones. Se pidió entonces una camilla para conducir á Torcuato al depósito de cadáveres. Cuando se lo llevaron, quedé solo con el doctor, que era un hombre instruido.

—No quería separarme de usted, —le dijo, —sin volver un tanto por la honra de ese infortunado. Era escritor, poeta, un ser dotado de exquisitos sentimientos.

»No pertenecía él á esa bohemia anónima, montón de desechos de todas las familias, de todas las profesiones, que emplean su lengua en la censura para encubrir su impotencia. ¡Lástima que con ella se confundiera ese pobre bohemio literario, que ahora es conducido á la fosa! Sus costumbres, ciertamente, dieron motivo para esta aparente confusión. ¡Pásmese usted, doctor! Ese hombre, muerto como un perro, en el suelo, fué un hombre singular que obligó á aplaudir, con solo la fuerza de su ingenio, en el teatro, sus dramas, en el libro sus versos. Y, sin embargo, ¿qué tuvo por salas de estudios, por academias de su doctrina, por habitación de su persona, por lugares mágicos en que recibir la inspiración de sus musas, desgredadas y delirantes? Los cafés más tabernarios y los figones más escandalosos.



Entre el humo del tabaco de colillas y los brindis de los borrachos, escribió, sobre toco velador, manchado de vino, sus comedias y artículos, sus dramas y poesías, chispeantes y ardientes, como el licor trasgado á su estómago.

»Todo lo derrochaba este genio mendigo: el tiempo, la vida, el dinero, el talento. Solía vender sus escritos al peso. Una libra de papel borronado era cambiada en la taberna porotra desardinas. Hubo época, en que, el teatro de la Infante, hoy Romea, tan famoso por sus funciones con café y media tostada, se surtió casi exclusivamente de los trabajos de Mens; trabajos que nunca firmaba, como indignos de su ingenio, como nacidos bajo el tiránico imperio de la necesidad, pero en los que había siempre chispazos de inspiración; pues no pasa el fuego del espíritu por sus creaciones sin en ellas dejar algunas huellas. Por lo demás, la suerte de Torcuato es la suerte de todos los escritores pobres.

»¿Pudo ser rico? Indudablemente. Otros, con menos facultades lo han sido. Pero ¿cómo? Bastardeando el arte, confeccionando obras para el ignorante vulgo. Torcuato, con su fina sensibilidad, prefirió, á la vileza de su talento, la miseria de la vida.

III

—¿Y se dedicó al alcohol? —dijo el médico. —Ese ha sido su asesino.

Nada respondí, pues era verdad innegable. Nos habíamos puesto en marcha tras la fúnebre camilla. El doctor prosiguió:

—¿Conoce usted los efectos del alcoholismo? Son espantosos. El alcohol obra químicamente sobre las paredes del estómago, crispando sus tónicas, dando origen á induraciones y cánceres. Desvirtúa la acción del oxígeno, causando una media asfixia. La sangre arterial toma el calor de la venosa, amagando, cuando la cantidad de alcohol absorbida es considerable, con una muerte igual á la que se sufriría sumergiéndose en una atmósfera sin oxígeno. Coagula la albúmina, la fibrina, y todas las materias crasas de la sangre, sin que ningún aparato de secreción pueda expulsarlo. Así permanece en el cuerpo excitando vivamente el sistema vascular, apretando el corazón, teniendo solo brevísima salida por los pulmones, siempre que los labios expulsan el aliento. Y no son menos terribles al exterior los estragos del alcoholismo. En vida pinta el rostro de amarillo. En muerte, lo enluta, tiñéndolo con la intensa negrura del carbón. Luto, en verdad, horrible, que lleva la persona muerta impreso para siempre en sus carnes.

Acabó de hablar el médico, y yo repuse tristemente:

—Es cierto. Esa clase de muerte es repugnante. En Torcuato ha sido un suicidio lento. Pero, no se dedicó mi amigo á la pasión fatal de la bebida, instigado por vicio ni por gustos abyectos. Hubo en él algo de desesperación. Primero, el ideal frustrado, y, luego, una circunstancia, que no he de pasar en silencio, debieron empujarle por tan abominable pendiente.

•Torcuato, como buen poeta, era muy enamorado. Toda su gloria mundana habiérala él cambiado por un beso de una mujer adorada. El mejor aplauso, para él, era el aplauso femenino, tributado á la gallardía de su persona. Alto, esbelto, moreno, de ojos grandes, de andar airoso, gozaba extraordinariamente, cuando fijaba en sí la atención de alguna muchacha. En especial estaba orgulloso de su melena. Poseía, en efecto, una rizosa y abundante melena negra, que cuidaba con extremado esmero. Parecíale á él que aquella exuberancia capilar era como un distintivo supremo de elegancia, de ingenio, de hermosura. No se la hubiera cortado por ningún tesoro del mundo.

•Pero, el pobre Torcuato fué envejeciendo, sin notarlo. Sus no interrumpidas calamidades, su existencia de eterna lucha, sus crueles desiluciones, minaron antes de tiempo su generosa naturaleza. Más, él seguía siempre creyendo que era joven, puesto que su corazón lo era. Un día, sin embargo, sufrió un tremendo desengaño.

•Piropé por la calle á una muchacha, y ésta le contestó, lanzando una carcajada de burla:

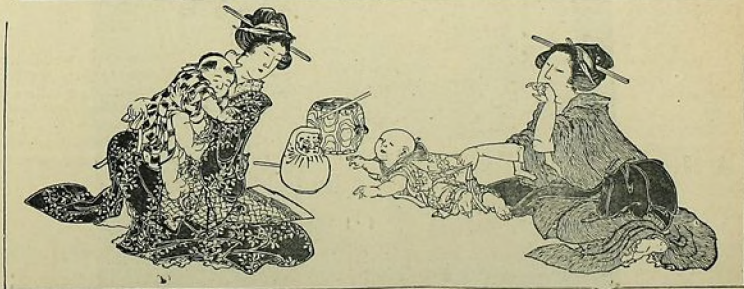
—¡Ande usted, viejo carcamal! ¿Quién va á quererle á usted con esos pelos blancos?

•Torcuato no tenía espejo en su cuarto. Pero, corrió á casa de un amigo, y allí, ante el cristal azogado, que retrataba fielmente su deplorable imagen, se convenció de su ruina. Su espléndida melena negra blanqueaba con innumerables canas por todas partes. Se le oprimió angustiosamente el corazón, y rompió en llanto. Desde entonces se hundió más y más en el alcoholismo. De suerte que, bien considerado, el infeliz Torcuato empezó á matarse apenas murieron todas sus risueñas esperanzas.

Me despedí del doctor, y seguí el cadáver hasta el depósito. Cumplidos los requisitos legales, diósele sepultura.

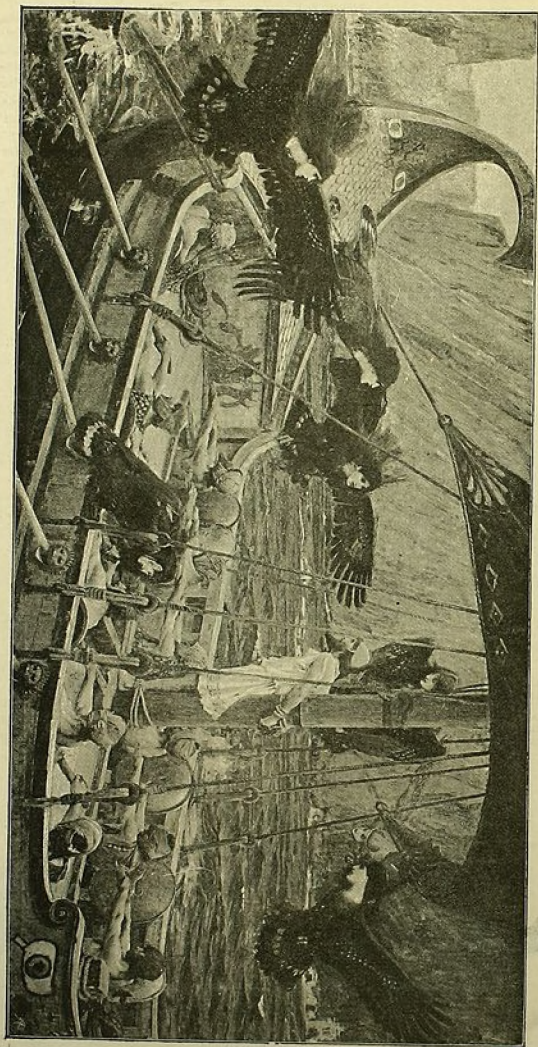
¡Pobre Torcuato! Está enterrado en el suelo, aunque en señalado lugar. En el mismo cementerio yacen los restos de un poeta, llamado «insigne», a quien no faltó ni fama ni fortuna. En la lápida de su panteón de mármol se leen pomposos títulos mundanos. Ellos pregonan que ejerció cargos altísimos, que nada significan, contado, en el mundo de la poesía. Torcuato, en su humildad, resulta, para mí, más grande. Todos los años, sobre su tumba, que nadie visita, canta la naturaleza sus versos en estrofas de perfumes. Y, en la fosa, abierta en la tierra, de aquel oscuro poeta, cada primavera rocía las tiernas florecillas que nacen en los camposantos.

JOSÉ DE SILES



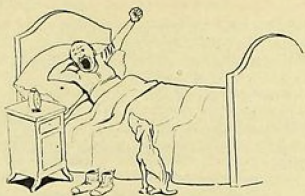
LAS DOS RIVALES

Ilustración del dibujante japonés Kubota (1913)



ULISES Y LAS SIRENAS, cuadro de Waterhouse

UN BUEN DÍA



—Vaya, ya es hora de levantarse!



—¡Hay que cazar hoy, Pichichi!



—Te tienes que portar bien, que hoy hace sol y la casa se presentará bien.



—Arreando que por aquí huele a conejito rico.



—¡Cuando yo dije!



—¡Pom!



—¡Si tengo yo un ojo! ¡Pierza que se me escape a mí...!

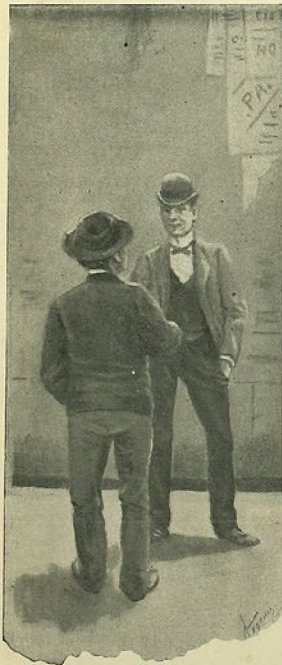


—¡Anda la órdiga!

EL POBRE BLAS

¡Qué funesta y misteriosa hada, qué perverso genio, presidirán en infernal consorcio desde alguna diabólica y apocalíptica mansión esas pasiones frenéticas, delirantes que destrozan el corazón de un hombre, sin que su agonía y su desesperación que estallan en el silencio de la noche, hallen un eco en el alma de la mujer que las ha hecho nacer! En el viaje al través del desierto de la vida ¡qué pocos encuentran su oasis, que pocos consiguen convertir en realidad los ideales y las ilusiones de sus primeros amores! Y, sin embargo, para cada hombre que nace hay una mujer que es su complemento: lo

difícil es que se encuentren, se conozcan y puedan saltar las innumerables barreras que la sociedad ha puesto entre ellos y la felicidad...



Blas, el pobre Blas, como todos le llamábamos, era un muchachote grueso, rechoncho, colorado como una grana-da y con un no sé qué en la cara que le hacía simpático á todo el mundo, Buenísimo hasta caerse á pedazos y dota-do de un talento nada común, gustaba, sin embargo, de aparecer ante nosotros con una *cureta* de ingeniosa tontería cuyo secreto consistía en la seguridad de que con eso nos hacía gracia: él era el blanco de nuestras bromas, él era nuestro *hazme-reír* y él, por último, nos copiaba los apuntes para la clase, y nos sacaba de apuros pecuniarios,—los escasos apuros en que puede encontrarse un estudiante de segundo año de carrera mayor,—por la sencilla razón de que no fumaba, ni gastaba un céntimo, ahorrando por con-siguiente lo que sus padres le daban para sus diversiones. Formal y cachazudo, concluyó sus estudios sin que le cono-ciéramos el menor devaneo, ni consiguiéramos nunca que nos acompañase en nuestras orgías, si muy modestas, no por eso menos agradables para nosotros; que en materia de comidas, el mejor condimento es la gana de comer. Graduose, pues, y al poco tiempo consiguió un brillante destino en provincias. El pobre Blas se había puesto á la cabeza de todos nosotros.

Nos escribíamos muy á menudo. Sus cartas llevaban el sello de su imperturbable *bonhomie*; su cuerpo había cre-cido; pero su alma era la de un chiquillo, el alma ingénu-a del muchachote de siempre. Mas, al cabo de poco tiempo, el estilo de mi amigo fué variando insensiblemente; primero me hablaba en forma muy vaga de sus ideales, después me fué insinuando lo que él llamaba *su teoría*, y por último, la formuló francamente. «El individuo humano completo está formado de un hombre y una mujer: ¿no tienes tú un ideal en amor? pues ese ideal no es más que el conjunto de cua-lidades que te faltan y que tiene tu mitad. Solo serás feliz encontrándola: búscala pues. Yo la busco y no la encuen-tro: ¿la hallaré algún día?» Y desde entonces sus cartas no

eran más que una continua repetición de estas frases en todos los tonos y bajo toda clase de formas. Bien recuerdo la última que me escribió: estaba fechada en Toledo y únicamente me decía: «En cuanto recibas esta, ven: iremos juntos al pueblo en que vive mi hermano. Se casa pasado mañana y me encarga te convide á la boda en su nombre. Creo que no vacilarás en aprovechar esta ocasión que se nos presenta para darnos un abrazo y vivir juntos unos días.» Y, en efecto, fui.

Después del baile subí á nuestra habitación,—pues excusado será decir que mi amigo y yo nos alo-jábamos juntos,—y no se me olvidará jamás la escena que presencié. Un rayo de luna entraba por una ventana ojival, envuelto en las silenciosas armonías de la noche y, antes de encender una prosaica cerilla, quise gozar de la ilusión que parecía transportarme á la Edad Media... Aquel salón grande, silencioso, en cuya amplia bóveda resonaban solamente mis pasos; aquella ventana ojival que habria servido de marco á tantas cabezas; la oscuridad solo disipada en parte por el poético rayo de luna, evocaban ante mi mente singulares escenas de los pasados tiempos y me sentía pequeño, abrecogido

de pueril respeto ante las descarnadas paredes del aposento. Llamé á Blas y no respondió: solo mi voz resonó en el salón helándome de espanto: sentía miedo, ese miedo que solo comprenden los nerviosos, y que es tanto más grande cuanto su causa es más trivial; ese miedo que á las altas horas de la noche y en medio del campo os hace correr frenéticamente; ese miedo que os hace erizar los cabellos por un ruido que no os podéis explicar. Por último saqué un fósforo, lo encendí y me horroricé: Blas, el pacífico y líntático Blas estaba echado en la cama, lívido, descompuesto, con los cabellos en desorden, las uñas clavadas en la palma de la mano, rígido y cadavérico.

¿Qué había ocurrido? ¿Estaba muerto mi amigo? Apliqué mi oído á su pecho: casi no se oía su corazón, pero latía. Respiré ansiosamente; le desabroché; le rocé la cara con agua fría y conseguí que despertara de su desmayo. Mas, antes de que yo pudiera interrogarle, me cogió la mano con fuerza y me dijo:

—Antonio, Antonio de mi alma... ¡es ella! ¡es ella! ¡es ella! ¿comprendes?

—Ni una palabra. Pero tranquilízate: esos son delirios tuyos.

—No, no,—repuso él, apretándome la mano hasta hacermela daño,—mi ideal, mi mitad, mi complemento, la que me falta para ser individuo completo... ¡es ella! Me ama y la amo... y, sin embargo, es imposible... ¡Imposible, imposible, imposible!

Ni entendí lo que me decía ni pude sacarle de ahí: pasó la noche consolándole y, por fin, se durmió.



Al otro día nos levantamos. Estaba más tranquilo; muy pálido, pero no me habló de su idea fija. Se vistió con minuciosidad,

con una minuciosidad que me extrañó en él, tan dejadote en otras ocasiones, y... nos fuimos á la boda.

—Vamos, vamos, Antonio, concluya usted ya;—dijo entonces la condesa de X..., una francesa encantadora que había comido con nosotros y que era precisamente quien me había obligado de sobremesa á contar algo trágico de mis mocedades, pues

como ella decía, un español no puede menos de tener algo trágico que contar.

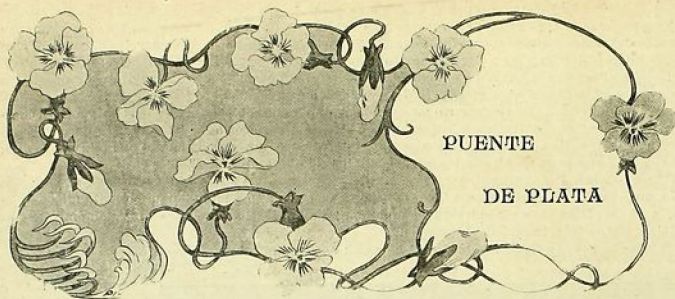
Pues bien: mi amigo y yo íbamos delante de todos. Detrás venía la novia con su azahar y su traje de desposada, del brazo del padrino, un pobre viejo cansado de vivir; y á algunos pasos, el novio con el acompañamiento. La novia estaba bellísima, adorable y su hermosura resaltaba aun más contrastando con la decrepitud de su acompañante. Al poner el pie en el dintel de la puerta y sin que nadie pudiera evitarlo, Blas, el pacífico Blas, rápido como un tigre se abalanzó á la desposada, y poniendo su boca en la de ella y su mano en el alabastrino cuello de la virgen apretó, apretó hasta que aquel hermoso cuerpo se desplomó muerto ya. Entonces, sacando un revolver que agité en el aire para evitar que nadie se acercara, dijo:

—Ya estoy con ella: ya somos uno mismo: ya la encontré. Antonio, amigo mío, ya estamos completos.—Y se saltó la tapa de los sesos.

La condesa hizo un gesto de indiferencia y exclamó: —Me figuro lo demás: cayó un rayo y mató al apuntador.—Y viendo que me ponía serio, me dijo en voz muy baja:

—Los españoles son ustedes muy tontos: nosotros lo arreglamos de otro modo. Su amigo debió dejar que se casaran y después... ¿usted me comprende? Ni yo era el ideal de mi marido ni él satisfacía mis ilusiones; cada uno de nosotros encontró después la felicidad fuera de casa donde se encuentran esas cosas. Créame amigo mío: el amor es como las montañas: de lejos parecen azules; de cerca de color de tierra.

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ



PUENTE

DE PLATA

En el nido que hicieron nuestros amores,
gozábamos venturas nunca soñadas,
y esperando tranquilos días mejores
transcurrían á solas nuestras veladas.
¡Qué de amante promesas y juramentos
hicimos en aquellos breves momentos!
¡Qué de pactos solemnes formalizados
con millones de besos enamorados!
¡Qué de amenazas locas si te engañaba
y otra mujer tus celos desafiaba!
¡Con qué afán nos unimos con fuertes lazos
durante aquellas horas de encanto llenas,
mientras me aprisionabas entre tus brazos...
dulces cadenas!

Una noche, al jurarte solemnemente
que eras tu sola el alma del alma mía,
te dije sollozando, con voz doliente:
—Si dejaras de amarme ¡me moriría!
Y tú, la eterna causa de mi tormento,
consumada maestra del fingimiento,
me sellaste los labios con ansia loca
colocando cien besos sobre mi boca,
y, echándome prisiones con la mirada,
me decías, rendida y enamorada,
palpitando en tu acento pasión inmensa
y amor sincero:
—¡Pobre niño... que sufre porque no piensa
cuanto le quiero!

¡No me duelen la ausencia que el alma llora,
ni la traición cobarde, ni el mal sufrido,
duéleme únicamente pensar ahora
que ni un solo momento me hayas querido!
Y al recordar los sueños encantadores
que forjé en el delirio de mis amores,
al ver como murieron de día en día
todas las ilusiones del alma mía,
lloro y maldigo tanta mentira hermosa,
tanta ventura
como gocé al creerte vivir dichosa,
siendo mi amor, mi encanto, mi vida entera,
y, al recordarte, digo con amargura:
—¡Qué mala era!

La vida de aventuras, tu antigua vida,
sobre la que yo quise correr un velo,
te arrastraba con fuerza desconocida
y, abandonando el nido, tendiste el vuelo.
El sufrimiento pudo volverme loco
y, quizá por lo mismo, te quiero un poco,
mas la razón se impuso, serena y fría,
y dije tristemente: —¡No me quería!
Y puesto que se aleja del lado mío,
¡vaya con Dios la reina de mi albedrío!
¡Vayan con Dios las dichas que no merezco,
las ilusiones todas que me arrebató!
Si había de engañarme, se lo agradezco.
¡A enemigo que huye... puente de plata!

JOSÉ JUAN CADENAS



PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno noveno de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al oro, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinado del Puente Rojo, por Carlos Barabar.

Magdalena la Mendiga, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El hijo Maldito, por H. de Balzac.

UN BARBA-AZUL «YANKEE»

Hace algún tiempo publicaron los periódicos extranjeros las aventuras matrimoniales de cierta señora norteamericana que había contraído el sagrado lazo la friolera de siete veces.

Este record acaba de ser batido por un compatriota de dicha señora, el doctor James Nicolás Zaun, que ejerce la profesión médica en Goshen, ciudad perteneciente al Estado de Nueva York.

El doctor Zaun cuenta noventa y nueve años de edad, y después de haber estado casado trece veces, hace hoy la triste vida de viudo sin hijos. Conserva excelentes recuerdos de todas sus mujeres, á excepción de la última, que según parece, fué una mala persona.

La primera esposa de Mr. Zaun, llamada Maria Westbrook, murió á los pocos meses de matrimonio, después de dejar concertada la boda de su hermana con su marido.

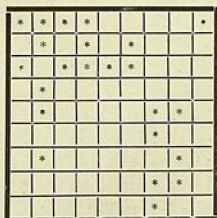
Diez semanas más tarde el doctor, viudo por segunda vez, condució al altar á la hija de sus dos primeras mujeres, quien, no más afortunada que sus sobrinas, abandonaba al año este pícaro mundo.

No se convenció Mr. Zaun de su

mala estrella conyugal, y tras un breve descanso compartió la cuarta luna de miel con Addie Graham, cuya defunción fué registrada al poco tiempo. Fueron sus sucesoras en el tálamo del doctor miss Mary-Jane Couklin, miss Susie Corwin y miss Annie Handley, tres pobres víctimas de la jettatura del terrible esposo, que pasaron á mejor vida en el transcurso de otras tantas años.

La octava vinde de Mr. Zaun tenía lugar allá por el año de 1857, y desde esa fecha hasta 1880 continuó el funebre desfile de esposas por el hogar del Barba-Azul new-yorkino, hasta completar el número 13, del que no ha querido pasar el buen doctor por la circunstancia referida anteriormente.

UN CUADRO Y UN PINTOR



Sustituir los asteriscos por letras para que leídas todas en líneas horizontales resulte el nombre y apellido de uno de los más célebres pintores del siglo XVII.

leyendo las letras en líneas verticales resultan los nueve significados siguientes:

- 1.º Nombre de una letra.
- 2.º Blanquear. También es el nombre de varias aldeas y caseríos de España.
- 3.º Voz musical.
- 4.º Molestia.
- 5.º Entre los antiguos romanos. Signo aprobatorio de los tribunales puesto al pie de un senado consulto.
- 6.º Caso irregular de un procedimiento.
- 7.º Falto de valor y fuerza para obligar ó tener efecto.
- 8.º Cantidad.
- 9.º Occidente.

NOVEJARQUE

Pasarán las dinastías, porque todo tiene fin más perdurará la fama del callicida feliz á quien ha dado su nombre el grande LADIVONSIRE.

La solución en el próximo número

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Cuadrados unidos.—



Jeroglífico.—Requinto.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

E. P. M.—Madrid.—Recibí la poesía sobre el Carnaval, pero estando ya el número en máquina no pude tener el gusto de publicarla.

Arenas.—Madrid.—La fabula es un género que entra de lleno en las reglas dictadas por el inmortat autor de la *Crotologia*, respecto á las castañuelas, y la suya no acaba de entrar.

E. E.—Barcelona.—Recibido el artículo, que se publicará á su tiempo.

B. C. F.—Barcelona.—El artículo está bastante bien, pero no suelen entusiasmar las aventuras de café-concierto.

S. A. M.—Lérida.—Vermos de publicar *Presentimientos*.

A. M. R.—Cordoba.—Irà todo.

J. R. B. D.—Valencia.—Su poesia está muy bien, pero el carácter de *Oda* que reviste la hace impropia para la índole de esta publicación.

Justito.—La solución de la tarjeta no sería posible fuera de Barcelona.

F. B.—Zaragoza.—Perfectamente; se publicará al llegar la primavera. Le enviaremos los números.

Saturno.—Zamora.—Creo que no se satisfaría usted si le digo que no acaban de satisfacerme del todo sus poesías.

M. P. S.—El inmenso número de pasatiempos que tenemos pendientes de publicación es causa de que no pueda prometerle que los suyos se publiquen en breve.

C. G. G.—Madrid.—Los trabajos se publican por turno, pero no siempre, pues á veces tiene este que alterarse por exigencias de la compaginación.

B. del V.—Palma.—Hombre por Dios! como quiere usted que me atreva á insertar eso?

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA * INSERTAR Ó NO, NO SE DEBE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TITULAS, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

AUSTRIA: HUNGRIA



CABALLERÍA: HUSAR DE HOVED